

JORGE SAINTSBURY

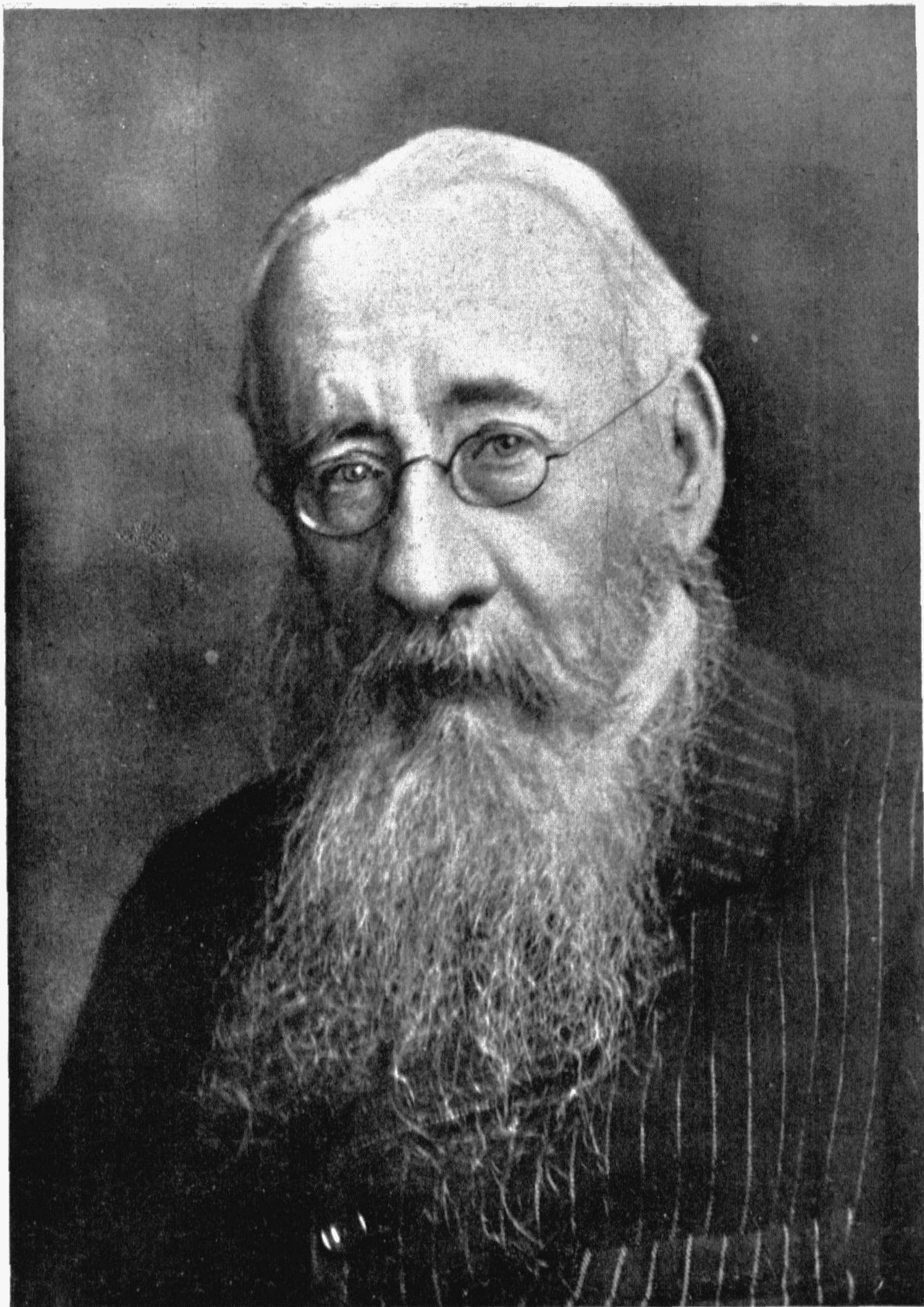
ERUDITO Y EXPERTO

Por AUGUSTUS MUIR

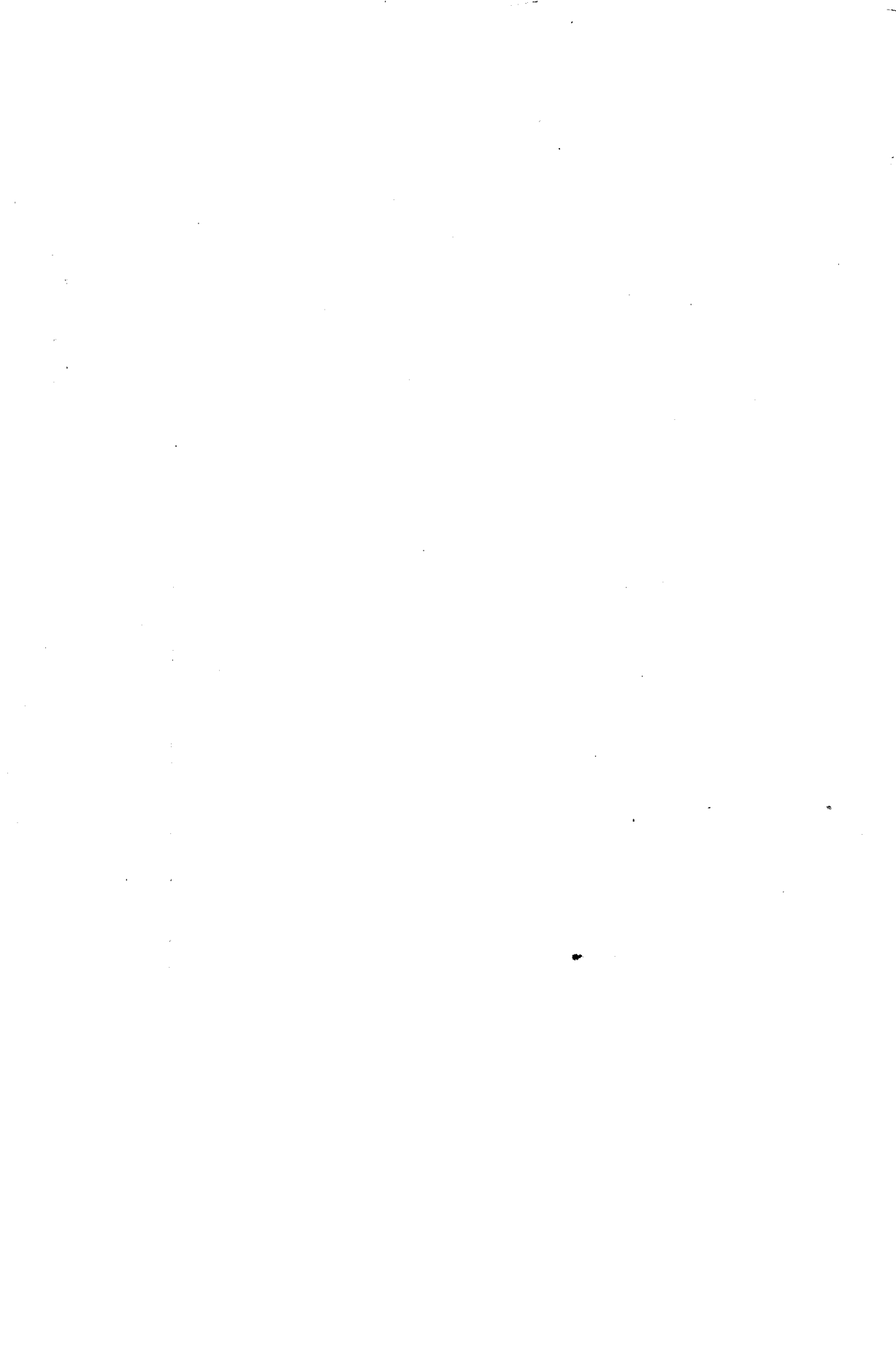
El difunto profesor Saintsbury tiene admiradores en muchos lugares del mundo, porque este profundo erudito, historiador de la literatura inglesa y europea, supo hacerse querer rápidamente de cuantos entraron en contacto con él. Sus escritos (que son numerosísimos) abarcan temas muy diversos: desde la crítica literaria hasta los estudios químicos.

Al celebrarse recientemente el centenario del nacimiento de Jorge Saintsbury, se rindieron grandes tributos a su memoria. Los que habían asistido como estudiantes a sus lecciones sobre literatura inglesa le ensalzaron como a un gran profesor; críticos y hombres de letras reconocieron la profunda influencia que había ejercido sobre ellos, y otros muchos alabaron la forma en que Saintsbury les había hecho gozar de la vida con sus escritos. Porque, a la vez que fué un gran historiador y crítico de literatura, Saintsbury era un amante de las cosas buenas y graciosas de la vida, del buen alimento, del buen vino, del aire libre y de la conversación animada.

No suele ser frecuente que la fama de un hombre se desarrolle a los pocos años de su muerte. Sin embargo, Jorge Saintsbury es, probablemente, mucho más admirado hoy que lo fué durante su vida. Los que le conocieron personalmente no es fácil que olviden un solo detalle de aquella alta figura de pelo blanco; la fuerte faz barbada y rojiza, los ojos agudos, prestos a la sonrisa del humor o al gesto del desprecio; la rápida palabra, que apenas



Jorge Saintsbury, historiador de la literatura inglesa



podía seguir la fulgurante velocidad de su pensamiento; el ingenio y el humorismo, lleno de alusiones de su conversación; la sátira ocasional y punzante, en medio de su gran generosidad, y el afán por descubrir y esclarecer el mérito de toda obra valiosa de cualquier género. Era un hombre de mucho gusto por la vida. ¿Es de extrañar que muchos de sus dichos fuesen citados, dentro y fuera del círculo de sus conocimientos, y sean repetidos todavía? ¿Podemos sorprendernos de que incluso sus primeros escritos pasajeros sean atesorados por todos los que lograron poseerlos?

Su carrera se formó por un descubrimiento que hizo sobre sí mismo cuando era todavía muy joven. Se dió cuenta de que no estaba destinado a crear grandes obras literarias, pero tenía «cierta facultad para apreciarla», y se dispuso a «estimular esa facultad en los demás». Como no brilló extraordinariamente en los exámenes de Oxford, le fué negada una vida escolar dentro de aquella Universidad. Después de dar enseñanza en las escuelas durante algunos años, se vió en Londres ganándose la vida como periodista literario, escribiendo para toda clase de periódicos sobre los asuntos más diversos. Pronto se hizo una reputación, entrando en relaciones de amistad con los literatos más ilustres de su tiempo: con Robert Louis Stevenson, con William Ernest Henley, con Andrew Lang. Además de sus grandes actividades periodísticas, emprendió la tarea de editar a los clásicos, mayores y menores, escribiendo prólogos para sus obras. Fué tan prodigiosa su actividad durante aquellos años en Londres, que si todos sus escritos se hubieran reunido en volúmenes, hubieran podido llenar —según su propio cálculo— más de un centenar de gruesos tomos. Resulta maravilloso que aún tuviese tiempo para leer tan abundantemente.

Ningún hombre ha leído más literatura inglesa y francesa, y la amplitud de sus lecturas se revela en sus volúmenes de ensayos. Vino entonces el momento cumbre de su carrera: fué elegido profesor de Literatura inglesa en la Universidad de Edimburgo.

Aunque abandonó la pluma del periodista para convertirse en catedrático, no por eso dejó de escribir. Trató con una gran vivacidad temas escolares, como la *Historia de la Prosodia* y la His-

toria de la Crítica, que nunca habían sido desenvueltos anteriormente en tan gran escala. Publicó una *Historia de la Literatura Europea*, en doce volúmenes, abarcando toda la materia, desde la caída del Imperio romano hasta fines del siglo XIX, escribiendo varios de los volúmenes por sí mismo. Fué el principal colaborador de la monumental *Historia de la Literatura Inglesa*, de Cambridge, y se hizo conocer de un público más amplio como editor de las novelas de Balzac y de las ediciones de Tchackeray, de Oxford. Es el mejor intérprete del poeta y dramaturgo del siglo XVII Juan Dryden, que dominó un período de transición de la literatura inglesa. Todo esto no es sino una parte de su producción literaria durante aquellos ajetreados años.

A pesar de su inmenso trabajo, encontró tiempo para cultivar las cosas agradables de la vida, para comer con los amigos, gozar de los buenos manjares y saborear el mejor vino. Uno de los muchos amigos a quienes agasajó ha dicho: «Las comidas en casa de Saintsbury eran una revelación, no sólo por los placeres de la mesa, sino también porque podía reconstruir toda la historia de Europa sobre la base de un solo plato.» El propio Saintsbury ha escrito acerca de aquellos comensales en sus *Notes on a Cellar Boo* (Notas en un libro de bodega), que es uno de los volúmenes más deliciosos. En sus páginas mira hacia atrás, como un hombre ya viejo, recordando los tiempos en que el gusto del vino era uno de sus placeres predilectos. (Resulta extraño releer estas páginas en la Inglaterra de hoy; pero el propio Saintsbury sería el primero en reconocer que no debe haber restricciones en la buena charla.) Tan alta fué su reputación como experto en estas materias, que un grupo de sus admiradores fundó en su honor un club de buen comer. Un aspecto regular de los banquetes del Club Saintsbury consiste en un discurso dedicado a esclarecer alguna de las facetas de su personalidad.

Retirado a la edad de setenta años de su cátedra de Literatura en Edimburgo, fué a pasar el resto de su vida en Bath, con sus nobles edificios del siglo XVIII y su ambiente de placidez tradicional. Con gran placer se hizo crítico de nuevo, leyendo muchos li-

bros contemporáneos recién salidos de la imprenta y escribiendo acerca de ellos con aguda penetración. Sus amigos iban allí a visitarle, y mantuvo una abundante correspondencia con los que estaban separados de él entonces. Manifestó el deseo de que no se escribiera una biografía sobre él —lo que es una lástima, pues hubiera sido un libro lleno de calor humano—; pero aprendemos mucho de él leyendo sus *Scrap Books* (Libros ligeros), como él llamó a sus tres volúmenes de notas y papeles sueltos, reminiscencias elegidas al azar, en casi todos los períodos de su vida y expresadas en su estilo peculiar.

«El estilo es el hombre», es un principio que se aplica con fuerza especial a Jorge Saintsbury. No era el suyo un estilo simple o directo. Su mente estaba tan llena de alusiones, que sus escritos aparecen frecuentemente compactos y complicados, difíciles de leer hasta que uno se familiariza con su acento personal. Pero una vez que uno se acostumbra a su estilo, no hay compañero tan estimulante, ya trate de la literatura o de los buenos vinos; de gentes conocidas suyas, o de un paseo de cuarenta kilómetros por las tierras altas de Escocia, o de alguna escapada a Oxford en sus años jóvenes. Nunca se veía en él al profesor que asociamos con una triste aula escolar o con el polvo de la biblioteca de un colegio, porque sabía transformar el aula en un lugar vivificado por los más brillantes pensamientos y llevaba a la biblioteca del colegio un espíritu de aventura, como si se tratase de hacer un viaje de exploración.

Como crítico insistió incesantemente en el valor de la forma en literatura. Insistió en la necesidad de cultivar una discriminación cada vez más fina, en supersensibilizar el paladar para el goce de las cosas más altas. Pocos escritores han abarcado todo el campo de la literatura inglesa con tanta confianza y con tanta sabiduría; y él supo colocar la literatura inglesa sobre el fondo de la cultura europea. Tal fué su valor como erudito. Pero será recordado siempre también como una gran personalidad, un hombre que podía charlar deliciosamente sobre los múltiples placeres de la vida.